

21

LA IGLESIA, PUEBLO PEREGRINO: EN MARCHA HACIA EL ENCUENTRO DEFINITIVO CON EL SEÑOR JESÚS

Lectura inicial	Objetivo del tema
<p>2 Tim 4,6-8</p> <p><i>Pablo a punto de finalizar su peregrinación terrena: recuerdo y esperanza en el Señor.</i></p>	<ul style="list-style-type: none"> • Cobrar conciencia de que debemos comprometernos en la responsabilidad de acoger y hacer presente en este mundo el Reino de Dios, sabiendo que somos un pueblo peregrino, en marcha hacia el encuentro definitivo con el Señor Jesús.



1. LA IGLESIA, PUEBLO PEREGRINO

- Como Israel peregrinó por el desierto hacia la tierra prometida, así nosotros, los cristianos, somos peregrinos en este mundo dirigiéndonos a la patria celestial.
- La vida cristiana es una carrera, un camino que conduce al encuentro definitivo con el Señor.

Somos peregrinos

Como el pueblo de Dios en el Antiguo Testamento que estuvo peregrinando durante cuarenta años en el desierto, así también nosotros, nuevo pueblo de Dios, somos peregrinos en este desierto, en este mundo (cf. Ap 12) y nos dirigimos al descanso definitivo, al encuentro del Señor Jesús (Heb 3,7-4,11).

Vivimos la esperanza, pero sin eludir nuestras responsabilidades terrenas (cf. Gn 1,26-27; 9,2-3; 2 Tes 3,10), pues tratamos de comprometernos en serio con nuestra realidad concreta.

Vivimos como extranjeros en este mundo

Los cristianos vivimos en las diferentes partes de este mundo *como extranjeros, dispersos... forasteros* (1 Pe 1,1; 2,11; cf. Sant 1,1), sin descuidar nuestra tarea en él, pero sabiendo que vamos en búsqueda de la verdadera patria (Heb 11,16; 13,14), de la Jerusalén celestial (Heb 12,22-24).

En este nuestro caminar estamos guiados por el mismo Jesús (Heb 2,10; 6,20), que ha vencido ya la prueba del desierto (Mt 4,1-11).

La vida cristiana: carrera y camino

Porque estamos en un continuo peregrinar, la vida cristiana viene presentada como una *carrera*:

¿No saben que de todos los que corren en una competencia atlética uno solo se lleva el premio? ¡Corran de tal manera que lo obtengan! Todos los atletas se imponen una dura disciplina. Ellos lo hacen para llevarse una corona que se marchita, nosotros, en cambio, una que no se marchita (1 Cor 9,24-25; cf. vv. 26-27; 2 Tim 4,7).

No solo es una carrera, sino que también es el *Camino*. En efecto, a ejemplo de Jesús que se revela: *Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida* (Jn 14,6), a la vida cristiana se le llama *el Camino* (Hch 18,25-26; 19,9.23; 24,14.22) y a los discípulos de Jesús *seguidores del Camino* (Hch 9,2; cf. 22,4).

2. EXIGENCIAS DEL SER PEREGRINOS

■ Ser peregrinos implica:

- estar vigilantes para descubrir la presencia del Señor y esperar su retorno glorioso;
- buscar los valores del Reino dejando a un lado ídolos;

– estar en búsqueda aceptando caminos de encarnación, de riesgo e inseguridad, y de constante conversión.

1. Estar en vela

Los cristianos debemos estar despiertos y vigilantes para descubrir la presencia de Dios en nuestra vida y en nuestra historia, para saber discernir los signos de los tiempos (Mt 16,1-4; Lc 12,54-59).

A la vez, con firmísima esperanza, necesitamos prepararnos para el encuentro definitivo con el Señor. Esta actitud de vigilancia, como lo señalan las parábolas y otros textos, debe invadir nuestra existencia total:

¡Dichosos aquellos servidores que su Señor encuentre vigilando cuando vuelva! (Lc 12,37; cf. Mt 24,32-25,13; Mc 13,33-37; Lc 12,35-40; 21,34-36; 1 Tes 5,6-8; 1 Pe 5,8).

2. Buscar los valores del Reino

Ser peregrinos implica que no pertenezcamos al “mundo”, es decir, a los supuestos valores que son contrarios al Reino de Dios (cf. Jn 15,19; 17,14-16; 18,36-37). No dejarnos seducir por los ídolos como son la codicia y el dinero (Ef 5,5; Col 3,5; 1 Tim 6,17-19). Saber desprendernos, dándonos cuenta de que el tiempo es corto (1 Cor 7,29-31).

Estar de paso en este mundo es poner nuestra mirada en el Señor, orientar toda nuestra existencia hacia el encuentro del Señor (2 Cor 5,6; Flp 3,12-14), buscar las cosas de arriba, no las de la tierra (Col 3,1-4), pero a la vez sin desatendernos de nuestras responsabilidades terrenas (2 Tes 3,10-12), sino aceptando el Reino de Dios, haciéndolo presente ya desde aquí y anhelando su plenitud, *siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que les pida dar razón de su esperanza* (1 Pe 3,15).

3. Estar en búsqueda

Aceptar caminos de encarnación

Estar en búsqueda, aceptando caminos de *encarnación*, siendo capaces de asumir los distintos valores

que se dan en las diferentes culturas, de acuerdo a la variedad de tiempos, lugares y razas (cf. Hch 17,22-23; Flp 4,8; 1 Tes 5,21).

No podemos estar aferrados a una sola cultura o a un tiempo o a un lugar, pues confesamos ser ciudadanos del cielo (Flp 3,20), que no tenemos aquí una ciudad permanente (Heb 13,14).

Aceptar el riesgo y la inseguridad

Estar en búsqueda, aceptando *el riesgo y la inseguridad* sin instalarnos en la comodidad o en la falsa seguridad, sabiendo que estamos viviendo un momento pasajero –aun la misma Iglesia no es sino un momento provisional del Reino de Dios–.

- Ser peregrino es arriesgarse a perder seguridades falsas, a dejar lo que nos aprisiona y no nos permite la auténtica libertad, para quedarnos solo con lo fundamental en nuestra existencia: la relación armoniosa con Dios, con nuestros hermanos, con nosotros mismos y con la creación (cf. Gn 1-3).
- Ser caminante es aceptar a Jesús como guía (Heb 2,10; 6,20), ya que él es el verdadero camino (Jn 14,6), es darnos cuenta de que vamos en el camino que él siguió: persecuciones como condición normal del cristiano (Lc 21,12-13; Hch 14,22), odios, incomprendiones (Jn 15,18-27) y hasta asesinatos:

Los expulsarán de las sinagogas e, incluso, llegará la hora en que cualquiera que les dé muerte pensará que da gloria a Dios (Jn 16,2).

Aceptar la continua conversión personal

Estar en búsqueda, aceptando la *continua conversión* personal, eclesial y pastoral, de forma que nuestras personas, nuestras comunidades eclesiales y nuestra misma vivencia pastoral, se vayan configurando cada vez más a Cristo y a su proyecto salvador.

- Estamos llamados a la conversión, no solo porque nunca logramos la meta y la perfección en este mundo, sino también porque el pecado atraviesa profundamente nuestro ser y nuestra sociedad.

- En cada uno de nosotros y en la comunidad entera está la cizaña que debe ser arrancada (Mt 13,24-30.36-43), los peces malos que deben ser arrojados al mar (Mt 13,47-50).
- Somos una Iglesia santificada por Cristo, pero manchada por nuestros pecados, una Iglesia necesi-

tada de la conversión, renovación y purificación constantes. Caemos continuamente en faltas (Sant 3,2) y por eso necesitamos de la misericordia divina pidiéndole:

Perdona nuestras ofensas (Mt 6,12).

3. ANHELAMOS EL RETORNO DEL SEÑOR JESÚS

- Nuestra vida se mueve entre el “ya” de la salvación recibida, pero el “aún no” de su plena manifestación, cuando Cristo entregue el Reino a su Padre Dios y nos juzgue conforme a nuestra aceptación

de su Palabra y del hermano, en especial del marginado.

- Comprometidos en el mundo, anhelamos su retorno glorioso: “Ven, Señor Jesús”.

1. “Ya” y “aún no”

Nosotros “ya” alcanzamos el fin de los tiempos (1 Cor 10,11), “ya” hemos recibido el Espíritu Santo que es garantía de nuestra herencia (Ef 1,14), “ya” poseemos el nombre de hijos de Dios y en realidad lo somos (1 Jn 3,1), pero “aún no” se ve lo que vamos a ser cuando Jesús se manifieste (1 Jn 3,2), “aún no” se ha realizado nuestra manifestación con Cristo en la gloria (Col 3,4; cf. 1 Cor 13,12).

Debido a esta tensión estamos, tal como lo señalamos, en vela, en camino, en búsqueda y en constante conversión.

2. “Ven, Señor Jesús” (Ap 22,20; 1 Cor 16,22)

El Reinado de Dios

Sabemos que, al final de los tiempos, Jesús volverá para entregar su Reino al Padre habiendo ya destruido y vencido definitivamente el mal en sus distintas manifestaciones (1 Cor 15,24-28). Se cumplirán así en plenitud las promesas hechas ya desde el AT (Is 25,6-12; 65,17-25; 66,18-24). Serán entonces las bodas del Cordero con la Jerusalén celestial (Ap 21-22).

El juicio de Dios

Los cristianos sabemos que, al final de los tiempos, nos juzgará el Señor (cf. Jn 5,22-27; Hch 10,42; 2

Tim 4,1) y que el criterio definitivo para el juicio es el amor fraterno y la solidaridad especialmente con los marginados (Mt 25,31-46; 1 Jn 3,14) y la aceptación viva de la palabra del Evangelio (Jn 12,48; Mt 7,21-27; Lc 6,46-49; 1 Tes 2,13).

Confiados en su misericordia esperamos participar en el banquete mesiánico (Mt 22,1-14; 25,1-13).

Nuestro anhelo

Somos conscientes de que nuestra vida se transforma y modifica si somos capaces de esperar con amor y alegría la parusía o retorno definitivo del Señor Jesús (1 Tes 5,23; Sant 5,7-8; 2 Pe 3,4.11-12; 1 Jn 2,28).

Por eso, “con fe firme *aguardamos el feliz cumplimiento de lo que esperamos: la manifestación gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo* (Tit 2,13), *quien transformará nuestro cuerpo frágil en un cuerpo glorioso semejante al suyo* (Flp 3,21) *y vendrá para ser glorificado por sus santos y admirado por todos los creyentes* (2 Tes 1,10)” (Lumen Gentium 48).

Con los pies en la tierra y los ojos en el cielo *nosotros esperamos, según su promesa, unos cielos nuevos y una tierra nueva en los que habite la justicia* (2 Pe 3,13; cf. Is 65,17; 66,22). Y mientras decimos al Padre: *Venga tu reino* (Lc 11,2), impulsados por el Espíritu clamamos: *¡Marana thá! [¡Ven, Señor nuestro!] (1 Cor 16,22), ¡Ven, Señor Jesús! (Ap 22,20).*

Iglesia peregrina llamada a la conversión constante

“La Iglesia encierra en su propio seno a pecadores, y siendo al mismo tiempo santa y necesitada de purificación, avanza continuamente por la senda de la penitencia y de la renovación”.

Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium* 8

“El mensaje cristiano no aparta a los hombres de la edificación del mundo, ni los lleva a despreocuparse del bien ajeno, sino que al contrario, les impone como deber el hacerlo”.

Concilio Vaticano II, *Gaudium et Spes* 34

“Evangelizadora, la Iglesia comienza por evangelizarse a sí misma. Comunidad de creyentes, comunidad de esperanza vivida y comunicada, comunidad de amor fraterno, tiene necesidad de escuchar sin cesar lo que debe creer, las razones para esperar, el mandamiento nuevo del amor. Pueblo de Dios inmerso en el mundo y, con frecuencia, tentado por los ídolos, necesita saber proclamar las *grandezas de Dios* que la han convertido al Señor, y ser nuevamente convocada y reunida por él. En una palabra, esto quiere decir que la Iglesia siempre tiene necesidad de ser evangelizada, si quiere conservar su frescor, su impulso y su fuerza para anunciar el evangelio”.

PABLO VI, *Evangelii Nuntiandi* 15

“La conversión personal despierta la capacidad de someterlo todo al servicio de la instauración del Reino de vida. Obispos, presbíteros, diáconos permanentes, consagrados y consagradas, laicos y laicas, estamos llamados a asumir una actitud de permanente conversión pastoral, que implica escuchar con atención y discernir *lo que el Espíritu está diciendo a las Iglesias* (Ap 2,29) a través de los signos de los tiempos en los que Dios se manifiesta”.

V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, *Aparecida* 366

“Así podemos representar este *Año de la fe*: como una peregrinación en los desiertos del mundo contemporáneo, llevando consigo solamente lo que es esencial: ni bastón, ni alforja, ni pan, ni dinero, ni dos túnicas, como dice el Señor a los apóstoles al enviarlos a la misión (cf. Lc 9,3), sino el evangelio y la fe de la Iglesia, de los que el Concilio Ecuménico Vaticano II son una luminosa expresión, como lo es también el *Catecismo de la Iglesia Católica*, publicado hace 20 años”.

BENEDICTO XVI, *Homilía a los 50 años de apertura del Vaticano II*, 11-10-2012

“Cuando caminamos sin la cruz, cuando edificamos sin la cruz y cuando confesamos un Cristo sin cruz, no somos discípulos del Señor: somos mundanos, somos obispos, sacerdotes, cardenales, papas, pero no discípulos del Señor”.

FRANCISCO, *Homilía en la Misa con los cardenales*, 14-03-2013

Reflexiones	Lectura final
<ol style="list-style-type: none"> 1. Al ser una Iglesia peregrinante, ¿podemos como cristianos desatendernos de este mundo, de las responsabilidades que aquí tenemos, para poder pensar solo en el cielo? 2. ¿Podemos como cristianos aferrarnos a este mundo, de tal forma que consideremos como valores absolutos las cosas de este mundo? ¿Cómo compaginar esto con nuestras responsabilidades en la tierra? 3. Nosotros y nuestras comunidades, ¿qué tan capaces somos de descubrir la presencia de Dios en los signos de los tiempos, que nos piden una actitud de continua vigilancia y conversión personal, eclesial y pastoral? 4. Como Iglesia peregrina, ¿estamos en constante actitud de renovación, de búsqueda, de conversión?, ¿o somos más bien una Iglesia instalada y comodina que no se arriesga a buscar nuevas caminos en el Señor? 	<p>Ap 22</p> <ul style="list-style-type: none"> • <i>El triunfo definitivo al final de los tiempos: Anhelos y esperanza de la Iglesia.</i>

ACTIVIDADES EN CASA	
Preguntas	Lecturas selectas
<ol style="list-style-type: none"> 1. ¿Por qué somos peregrinos en este mundo? 2. ¿Qué implica la actitud de vigilancia? 3. ¿Cómo podemos buscar los valores del Reino? 4. ¿Qué aspectos comporta el estar en continua búsqueda? 5. ¿Qué significan el “ya” y el “aún no” de nuestra salvación? 6. ¿En qué consiste el reinado definitivo de Dios? 7. ¿En qué se basará el juicio de Dios sobre nosotros? 8. ¿Cuál es nuestro auténtico anhelo del retorno del Señor? 	<ol style="list-style-type: none"> 1. El retorno de Jesús y la vigilancia ▶ Mt 24-25; Lc 12,54-59; 13,6-9; 17,22-37; 1 Tes 4,13-5,11. 2. Carácter peregrinante de la comunidad ▶ 1 Cor 7,29-31; 2 Cor 5,6-10; Flp 3,1-4,1; Heb 3,7-4,11; Ap 12. 3. El triunfo definitivo ▶ 2 Pe 3,3-10; Ap 21-22.
<p style="text-align: center;">Salmo para orar: 122 (121) <i>Me alegré cuando me dijeron: “Vamos a la casa del Señor...”</i></p>	